

MUJER, CIUDAD Y RESISTENCIA

Nubia Inés Castañeda

1. Resistir desde la ciudad

Ella, aquella mujer que a pesar de la tormenta, supo esperar a que el río retomara su cauce, ella...aquella mujer que a pesar de estar sola, supo conquistar los elementales cósmicos de la naturaleza... ella, la mujer que desde siempre ha sabido que la tierra es algo más que un bien de intercambio y se ha unido a las voces que proclaman el derecho a un territorio humanizado, responde ahora a otras normas para poder sobrevivir. Ella, que con sus lágrimas bordeando sus mejillas, ha iniciado una nueva vida, una vida con nuevos símbolos con otras exigencias, ha de cambiar la forma de ver el mundo porque los atardeceres calurosos reflejados en el patio de su rancho ya no hacen parte de su realidad, pero ella no renunciará a sus principios ni a sus derechos conquistados.

Toda ella con su cuerpo disponible a seguir viviendo se prepara para la construcción de nuevos retos, ella seguirá siendo el referente para que no muera la esperanza. Ella, la mujer desplazada seguirá convertida en la posibilidad de reinventar a Dios desde las nuevas palabras, desde las nuevas formas de amar, desde las nuevas formas de sentir, de vivir y de soñar.

Las mujeres desplazadas que han sido abandonadas a su suerte por un gobierno que es indiferente a su problemática, se han llenado de majestuosidad para no dejar morir una vida digna, se han sostenido por años con mucha valentía, y a pesar de un lugar distinto, un lugar de cemento y de edificios impenetrables para ellas, han sabido inventar sus propias normas, formas y estrategias para acceder a la plenitud de ser persona y han trasladado también las formas sagradas... su llanto, su angustia, su miedo, la incertidumbre, la no muerte, los sagrados sacramentales en donde se plenifica Dios y se practica el sacramento, su pensamiento, su fe, su memoria... para sobrevivir.

Las mujeres desplazadas a las que se les ha desarraigado en otrora, ahora se gastan el tiempo suficiente para reinventar la vida y comprueban una vez más que la terquedad es positiva cuando se trata de no dejarse vencer. Es la historia siempre presente en el ahora... historia de esclavitud, de desigualdad, de invisibilidad, pero es también la historia de lucha, de organización, de sostenimiento, de autonomía, de defensa... de reivindicación lo que permite la visibilización de su problemática y de su plan de vida.

La ciudad, las ciudades, ahora enmarcan una nueva visión de ser, de respirar, de transformar los dolores, es la nueva casa recreada, que denuncia desde la marginalidad y la periferia y desde los contrastes, esa voz femenina de Dios que reclama nuevas solidaridades, esta ciudad repensada y sobre todo, reclamada y poseída.

Porque la ciudad es también la casa de Dios, que sin lugar a dudas, a través de una sensibilización frente a la problemática social que enfrentan los y las más pobres, se pueda pensar en la construcción de un nuevo país, en donde se perciba la constante y creciente humanización, porque también sabrá acoger con amor a miles de mujeres y hombres que la ubican como una morada posible para sobrevivir, resguardarse y Resistir.

La capacidad de solidaridad de las personas que habitan el Chocó, podríamos decir que tiene el mismo significado de lo que representa la familia extendida, una práctica histórico-cultural consistente en crear lazos de familiaridad: de vecindad, de madrinazgo y padrino, de comadronas, abuelas, tías... hasta el punto, que esta extensión de familia ha significado una regla básica para poder sobrevivir, de tal manera que ha sido un mecanismo que ha servido como alternativa para sostenerse social y comunitariamente; para salir adelante en medio del empobrecimiento y abandono estatal y del conflicto bélico que enfrentan grupos armados que se disputan agresiva y salvajemente el territo-

rio donde habitan comunidades ancestrales y que ante esta problemática están siendo obligados a abandonar la tierra que tanto quieren.

La solución que se halla a primera mano de parte de familias enteras que se desplazan a la ciudad, es de llegar a donde está la familia, buscando la protección y la ayuda más inmediata y como un milagro ante la vida y un claro ejemplo de no dejarse llevar por la dinámica egoísta de una sociedad acaparadora, se comparte la pobreza, es decir, todo lo que se tiene a la mano.

"Si tu hermano empobrece y tiene que vender su propiedad, su pariente más cercano, sobre el que recae el derecho de rescate, podrá venir a rescatar lo vendido por su hermano" (Lv 25,25).

El desplazamiento en este nuevo siglo, llega a ser una problemática de alcances incalculables; el interés desmedido de grupos económicos, la débil inversión del Estado y su pérdida gradual de legitimidad, la invasión del campo por parte de grupos armados que se disputan el territorio, el desarraigo de las comunidades campesinas, son unas de las principales causas para que en los tres últimos años se presente un agresivo crecimiento en las periferias de las ciudades. Todo esto deja ver con mucha claridad el alto índice de desempleo, sumado a la gran indiferencia del gobierno que con su dinámica guerrillera y con una característica *particular* de represión, está creando un alto índice de empobrecimiento, de marginalidad, de exclusión y que según los últimos estu-

dios sociales, las mujeres, niños y niñas son las/los que más engrosan la alta lista de desplazamiento y desarraigo en este país.

“Tenemos que empeñar nuestros campos, nuestras viñas y nuestras casas para poder conseguir grano en esta penuria” (Neh. 5,5)

La palabra Rescate o Goél, en el contexto del pueblo israelita, nos ubica en una política de solidaridad, de disfrute de los bienes, de vivencia comunitaria... la cual pretendía favorecer a las personas más empobrecidas en su tiempo; una práctica que estaba directamente encaminada a disminuir el empobrecimiento de sus habitantes.

“Escucha hija mía, no vayas a espigar a otro campo y no te alejes de aquí, sigue los pasos de mis criados. Fíjate en el campo donde ciegan y ve detrás de ellos. Voy a dar ordenes a mis criados para que no te molesten, y cuando tengas sed, te vas al hato y bebes de lo que beban ellos” (Rut 2,8-9).

Desafortunadamente esta sociedad del siglo XXI, de la que hacemos parte, se jacta de ser “civilista y de avanzada” desconoce y desautoriza lo que otrora se tenía como un valor humano y social que favorecía a las clases más empobrecidas, tristemente ahora, la problemática del creciente empobrecimiento, es tenido en cuenta como el problema que hay que erradicar y salir del paso con la mayor facilidad posible, lo cual se hace con un cinismo que raya en la

práctica más inhumana que podamos experimentar.

De acuerdo a este análisis del contexto social del Chocó, en donde están insertas miles de mujeres desplazadas, percibimos que su experiencia vital es muy profunda, podríamos decir además, que la capacidad espiritual de las mujeres le sirve para resistir a tanto dolor, para superar el miedo, para aminorar las adversidades del día a día, para crear lazos sociales y comunitarios y para darle un sentido diferente a su existencia.

“No insistas más en que te deje, alejándome de ti; donde tú vayas, iré yo; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios” (Rut 1,16).

La espiritualidad la podríamos vislumbrar entonces -en el caso concreto de las mujeres desplazadas- como un sentimiento de resistencia motivado desde su cuerpo, son mujeres que han sido obligadas a abandonar el campo, su entorno, su hábitat y dinámica organizativa, para llegar a refugiarse en las diferentes ciudades, buscando alternativas de vida, para ellas y sus familias; de tal manera que llega a ser una figura corporalmente espiritual, porque la historia así lo ha demostrado: cuando mayor ha sido el sufrimiento para un grupo humano, se buscan más mecanismos para resistir y no dejarse derrotar.

En tal sentido, la historia de exclusión, de marginalidad, de sumisión, de invisibilidad, de discriminación... que han

experimentado las mujeres, es verdad que ha sido una experiencia dolorosa e infortunada, pero es verdad también que ese dolor ha sabido ser transformado por ellas, en fortaleza para resistir, en mecanismo de lucha para engrandecerse y en instrumento para transformarse y evolucionar con mucha entereza.

De tal manera, las mujeres viven y experimentan profundamente su espiritualidad, trasladando sus miedos, sus sentimientos, sus proyectos... el río, los ríos, el bosque, los bosques, las flores, los caminos, la lluvia... el sol a cuestras, el sonido del viento... la luna en sus noches, el caserío entero con toda su vecindad, es recreado ahora y trasladado a otros lugares con otras dinámicas; y con todos estos elementos: los espíritus y elementales que acompañan su caminar hacen parte de su equipaje.

Resistir desde la ciudad

"Ven aquí y come de nuestra comida y moja tu pan con vinagreta"

Rut 2,14ss

Testimonio y Milagro: Teniendo en cuenta la palabra de tres mujeres desplazadas y de un hombre conocedoras/es de esta problemática, nos dejamos llevar por su testimonio de vida y resistencia, para recrear la vida y sostenerse en la esperanza por un mundo mejor, o por lo menos, que no nos conduzca a una muerte temprana.

Como mujer desplazada, ¿cómo ha sido la vida en la ciudad?

La vida de las mujeres desplazadas en la ciudad ha sido muy difícil, por dejar sus ríos, champas, trasmallos, atarrayas y siembras de cultivos tradicionales, para después llegar a la ciudad a vivir el atropello tanto para hombres como para mujeres que viven en una sociedad que no entienden la palabra guerra que nos trae a las mujeres a transitar por las calles de Quibdó, buscando trabajo en las casas de familia, en los bares, discotecas, vendiendo plátanos y pescado o frutas, todo el día aguantando sol y aguacero y abandonando los oficios del hogar.

A nosotras las mujeres desplazadas se nos llama desechables, se nos tilda de mujeres fáciles, nos ven como aves de mal agüero, que llegamos a acabar con los hogares ajenos, y de una vez nos ubican como prostitutas, en muchos casos las mujeres son engañadas por oportunistas, caen con facilidad por ser tan inocentes y confiadas y por ser del campo desconocen la vida de la ciudad, les hacen propuestas hasta convencerlas por sus pocos conocimientos hasta llegar al punto de prostituir las y lo más delicado, hasta conseguir que participen en bandas dedicadas al robo. Este es un problema muy delicado al que nadie le presta atención.

Este es el testimonio de otra mujer que responde a las preguntas, no sin antes advertir que no quiere que se sepa su identidad.

¿Cómo ha sido la vida de las mujeres desplazadas en la ciudad?

Le digo que no cabe más que resignarse, en primer lugar tengo que confesar que esta ciudad no me gusta, claro que tengo que decir también que no es porque sea Quibdó, porque me imagino que debe de ser peor en otras partes, le digo pues que yo pensé que a pesar del dolor que le causa a uno dejar su campo, cuando me viniera a la ciudad iba a conseguir empleo, pensé que me fuera a superar y este pensamiento fue como un consuelo para mí; y al llegar a la ciudad para mí fue muy duro porque ha sido muy diferente de como lo pensé, porque hay menos oportunidad de vivir, la gente que vive hace tiempo en la ciudad nos trata a los desplazados muy mal, nunca nos aceptan como personas con derechos. Lo único que me ha favorecido a pesar de las circunstancias tan difíciles es que mis hijos han tenido la oportunidad de superar sus estudios.

¿Cómo se siente en estos momentos en la ciudad?

En estos momentos me siento diferente, aunque en la ciudad ya he aprendido a vivir, porque también me ha tocado aprender a defenderme y relacionarme de una manera diferente. Ahora me siento más despierta porque entiendo que las mujeres tenemos sus propios derechos, antes vivía humillada por mi compañero, ahora todo es diferente ...

¿Qué ha significado la ciudad para usted?

Para mí la ciudad significa un nuevo mundo, es como una amenaza cons-

tante, porque aquí no sobrevive el que quiere sino el que puede. La mala vida que se ha llevado en la ciudad, es una causa de llegar hasta la prostitución, por las pocas oportunidades que nos brinda la sociedad, tanto que se ha llegado el caso de gente que han caído en la drogadicción y de hacer parte de grupos vandálicos. La ciudad ha significado para mí resignación, porque así fuera que quisiera volver a mi territorio, primero, no tengo a que volver por el cambio tan estricto que tuvo mi vida, y segundo, porque los grupos armados siguen en el lugar y para mí consisten en una amenaza constante de muerte, y precisamente por esta razón me tuve que venir a la ciudad para poder salvar mi vida.

¿Cómo supera la dinámica de la ciudad teniendo en cuenta que en el campo su mundo lo ordenaba de otra manera?

Lo supero desatándome de cohibiciones, viviendo mi propio mundo para poder sentirme la persona que era antes... contemplando mis hijos. En mi vida han cambiado muchas cosas con venirme a la ciudad... yo era una persona muy creyente, ahora lo que pensaba de Dios ha cambiado; aquí no me siento bien porque no tengo la misma confianza con las personas nuevas que conozco, ni siento que sea algo mío.

¿Con qué sueña ahora?

Sueño con volver a estar en el campo, pensar de que voy a llevar una alternativa nueva, que voy a ser una persona muy

diferente a la de antes. Pero la realidad es otra, por más que sea un sueño, yo sé que la ciudad ahora es mi nueva casa y que aquí me tengo que acoplar quiera o no quiera.

¿Qué significó para ustedes el hecho de dejar el campo?

La ciudad atropella a las mujeres del campo, en cuanto a que las mujeres de la ciudad se sienten como en un mundo cerrado en donde no puede entrar nadie distinto, yo por lo menos muchas noches me acuesto a llorar añorando el mundo que teníamos. Mire la gente en la ciudad es indiferente al dolor, cuando llegamos al puerto, la primera expresión que escuché de una señora fue *"mire usted, un bote de desplazadas... ahora si se dañó Quibdó"* esto es una palabra que ofende y que desconcierta a uno.

¿Se puede decir que se ha acomodado en la ciudad?

Yo digo que la ciudad es un mundo en donde no me he podido acomodar, aquí hay costumbres muy distintas en donde a una mujer del campo, se le tiene como ignorante y como poca cosa. Extraño las costumbres del campo, el cultivar la tierra, estar en contacto con la naturaleza, bañarme desnuda en el río; mi gente, mi familia... mi vida comunitaria se destruyó. A mi esposo lo desaparecieron y esta es la hora que no sé por qué, ni para qué, sólo sé que de un momento para otro y de la noche a la mañana tuve que cambiar de vida y mis hijos pasaron de tener una vida normal, a

cargar a sus espaldas la palabra de desplazados, una palabra que siempre se han negado a aceptar.

¿Cómo llegó usted a la ciudad?

Al principio llegué demasiado tímida y con mucho miedo, no quería reunirme ni hablar con la misma gente de mi comunidad, pero pasado algún tiempo me desperté, pasé por muchos señalamientos, muchas críticas, discriminaciones; las mujeres nos fuimos despertando y dimos importancia al aporte de la mujer, su papel, su lucha por continuar viviendo. El hecho de ser una mujer líder fue muy difícil para mí porque el proceso organizativo exige mucho desprendimiento, incluso críticas de la misma familia que no ve nada positivo en lo que nosotras estamos haciendo.

Amparo Perea Ríos desplazada en el año de 1996, una mujer líder, luchadora y emprendedora nos cuenta su experiencia del cambio experimentado entre el campo y la ciudad

Como mujer campesina, ¿qué opina de la ciudad?

La ciudad para mí es un mundo en donde experimento un cambio brusco, doloroso, la ciudad cuestiona cada día, me dice algo diferente en donde cada día exige una lucha a muerte para poder sobrevivir y poder sacar sus hijos adelante, le toca a uno andar de casa en casa lavando ropa, haciendo aseo en

casas, brillando ollas, yendo a los montes a barequear sacando un poquito de oro, lo que alcanza sólo para comprar un poquito de sopa para quitar el hambre a su familia.

La ciudad yo la percibo bastante mal, porque en el campo uno tiene los alimentos sin muchas dificultades, en la ciudad la lucha del día a día por sobrevivir y conseguir el alimento se convierte en una pesadilla. La ciudad exige mucho pero ofrece pocas oportunidades, para que aquí estudien mis hijos se necesitan muchas cosas que no están al alcance de mis manos, el uniforme, las matrículas, el transporte, los cuadernos, ¿entonces qué pasa? una persona desplazada no tiene como costear estos gastos y por eso los hijos terminan de mendigos o hasta delincuentes porque no tiene forma de entrar al colegio y en el caso de las niñas desafortunadamente terminan en la prostitución, en bandas delincuenciales y en la práctica de la drogadicción.

"Nos vemos obligados a someter a nuestros hijos y a nuestras hijas a la esclavitud. Algunas de nuestras hijas son ya esclavas, sin que podamos impedirlo, ya que nuestras viñas y nuestros campos pertenecen a otros"

(Neh 5,5)

La ciudad se ha convertido en una amenaza para nuestros hijos que vienen del campo con una forma de vida diferente, y al pasar cuatro años en la ciudad, se olvidan de todo lo aprendido y no quieren volver atrás.

¿Qué esperanza tiene usted en la ciudad?

Es un lugar definitivo para mí porque el lugar de donde provengo es prohibido, un retorno no está por ahora en mi mente porque significaría morir, por tanto, estoy adaptada a la ciudad, aunque mi esposo murió aquí en un estado lamentable en el hospital San Francisco de Asís de física hambre de descuido y desatención.

Besnavides Córdoba Quinto, desplazado por la violencia en el año 1997, da su opinión de lo que ha significado para las mujeres desplazadas, el hecho de vivir en la ciudad.

¿Qué opina usted del cambio de vida de las mujeres campesinas, al tener que vivir en la ciudad?

Como hombre desplazado creo que la vida de la mujer en la ciudad ha sido muy difícil porque le ha tocado una vida muy diferente, es un mundo nuevo en donde les ha tocado enfrentar muchas cosas negativas, viéndose obligadas a dedicarse a labores poco remuneradas, todo esto con el ánimo de sobrevivir, o por no decirlo peor, por no dejarse morir.

¿Cómo es la vida de las mujeres desplazadas en la ciudad?

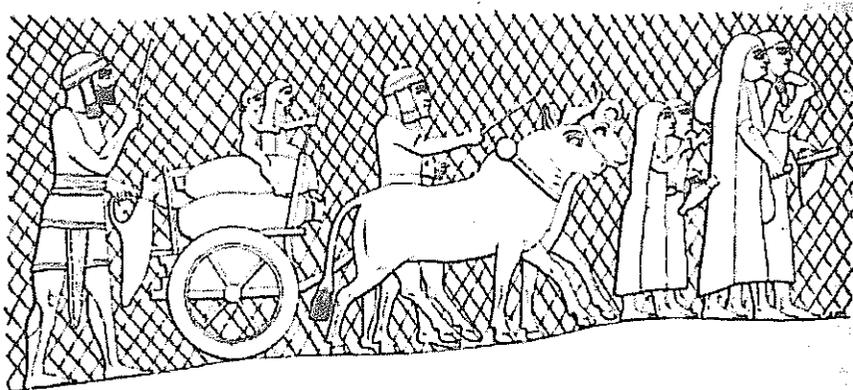
Muchas mujeres campesinas que vienen desplazadas a la ciudad son engañadas por oportunistas sin escrúpulos ni sentimientos y las convierten en pros-

titutas y las involucran en algunos casos, en problemas de bandas y cosas que nunca habían visto, es una vida difícil, es una vida con muchos problemas, muchos de estos no tienen solución, en fin, es una vida con mucho dolor, discriminación, con una realidad muy dura para sobrellevar.

¿Cuál cree usted que es el problema más grande que le toca enfrentar a las mujeres desplazadas en la ciudad?

Un problema de las mujeres desplazadas en la ciudad es que, teniendo en cuenta que la mayoría son viudas, las que no, el hogar no les funciona porque es muy difícil para los hombres conseguir un empleo, y en vista de esta problemática, son abandonadas por estos,

y claro, las mujeres terminan enredadas con cualquiera con tal de que sus hijos no se mueran de hambre. La verdad es que las mujeres tienen poca oportunidad en la ciudad en cuanto al estudio de los hijos y pese que en la ciudad hay más oportunidad que en el campo, tiene su pero porque en la ciudad le toca pagar una cantidad de dinero y por carecer de dinero se convierte en una causa más de la problemática social. La mendicidad en la ciudad se ha convertido en una forma de sobrevivir para las mujeres y sus hijos, y con esta forma de vida se consiguen muchas humillaciones y se disminuye la calidad de vida, la que sí teníamos en el campo cuando poseíamos nuestro territorio y obrábamos como cuando uno está en una casa propia.



Mujeres judías de Laquis conducidas a cautiverio por los asirios